

El príncipe moderno en Gramsci:

Libro vivo y partido revolucionario¹

por Gastón Ángel Varesi²

1. Introducción

En la lectura que Antonio Gramsci realiza sobre El Príncipe de Maquiavelo podemos encontrar en el príncipe dos cualidades esenciales que serán constitutivas de la concepción gramsciana del príncipe moderno: se trata de un “libro vivo”, un manifiesto político, “en el que ideología política y ciencia política se fundan en la forma dramática de “mito””³, y es la herramienta política necesaria para llevar adelante la tarea histórica de fundar un nuevo Estado. El Príncipe en Maquiavelo es la personificación simbólica de la voluntad colectiva destinada a la concreción de un fin político para el cual deberá ser un instrumento de instrucción y convencimiento “que intenta realizar la educación política de “quien no sabe”, (...) la clase revolucionaria de su tiempo, el “pueblo” y la “nación” italiana”⁴ con el objetivo de proveer los medios para la realización de ese fin político.

Así también, Gramsci avanzará en la configuración del Príncipe Moderno partiendo de este mismo esquema: el nuevo príncipe será la obra escrita, el “libro vivo”, ya que para Gramsci, como afirma J. C. Portantiero, “la posibilidad de transformar un pensamiento sobre la política en acción política devenía de la capacidad de construir una ideología-mito”⁵. Por otra

¹ El presente trabajo fue producido en 2005 como estudiante de la carrera de Lic. en Sociología, de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

² Sociólogo UNLP. Becario CONICET dirigido por Ana Castellani y Aníbal Viguera. Miembro de FISyP.

³ Gramsci, Antonio. “Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno”. Nueva Visión. Pág. 9.

⁴ *Ibid.*, pág. 17.

⁵ Portantiero, Juan Carlos. “Gramsci, lector de Maquiavelo”. Pág. 3.

parte, el príncipe moderno, que no es un héroe individual, “sólo puede ser un organismo, un elemento de la sociedad complejo en el cual comience a concretarse una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo ya ha sido dado por el desarrollo histórico y es el partido político”⁶.

La centralidad del mito se vincula la función de “creación de una fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva”⁷. En este sentido príncipe moderno debe movilizar las pasiones, volverse pueblo en la construcción de una voluntad colectiva a partir de la articulación de los grupos sociales subalternos, dando origen a una fuerza social y política transformadora que avance en un proceso de acumulación de fuerzas capaz de crear un nuevo Estado.

El presente ensayo consta de dos partes. En la primera se tomará al príncipe moderno en Gramsci como libro viviente, y luego, a partir de esta noción se lo relacionará con el Facundo de Sarmiento estableciendo las similitudes y diferencias pertinentes. La segunda parte será dedicada al príncipe moderno como partido político en la que serán abordados ejes fundamentales tales como el rol del partido, la relación entre partido y clase, los elementos constitutivos del partido y la estrategia revolucionaria.

2. El príncipe moderno como libro viviente

El carácter de libro viviente está dado por ser un manifiesto político que, sin ser un tratado sistemático, apela al mito para movilizar y organizar la voluntad colectiva de un pueblo, abordando en su análisis las problemáticas que requieren ser esclarecidas para la concreción de determinado fin político,

⁶ Gramsci, Antonio. Op. cit. Pág. 12.

⁷ *Ibíd.* Pág. 10.

que tanto en Gramsci como en Maquiavelo refiere a la necesidad de construcción de un nuevo Estado, así como también las formas organizativas y estrategias para su consecución. Son libros vivientes en tanto poseen la cualidad de trascender un carácter meramente teórico para convertirse en motorizadores de la transformación social, es decir que conjugan el análisis científico con el carácter literario centrado en la idea del mito para dar forma a un proyecto político cuya realización requiere de la construcción de una voluntad colectiva.

El príncipe moderno, como libro viviente, en Gramsci tomaría dos cuestiones fundamentales: la voluntad colectiva y la reforma intelectual y moral. Con respecto a la voluntad colectiva, indagaría acerca las condiciones en las cuales ésta podría desarrollarse, a partir de un análisis histórico y económico de la estructura social del país y “una representación “dramática” de las tentativas realizadas a través de los siglos, para suscitar esta voluntad y las razones de sus sucesivos fracasos”⁸. La reforma intelectual y moral refiere a una disputa respecto de la concepción del mundo así como también a una reforma cultural que eleve en este sentido a los estratos sociales más bajos a partir de un programa de reforma económica, como expresión articulada de demandas subalternas. El príncipe moderno, debe ser quien organice y lidere estas reformas “lo cual significa crear el terreno para un desarrollo ulterior de la voluntad colectiva nacional popular hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna”⁹, de este modo el príncipe-partido comenzaría a ocupar el lugar de la religión en un proceso de laicización de la vida construyendo una nueva visión hegemónica sobre el mundo.

El nuevo príncipe tendrá también una parte dedicada al jacobinismo “en cuanto ejemplificación de cómo se formó y operó en concreto una voluntad colectiva que al menos en algunos aspectos fue creación ex novo, original”¹⁰. Eduardo M. Quintana señala que el espíritu que rescata Gramsci

⁸ *Ibíd.*, pág. 13.

⁹ *Ibíd.*, pág. 15.

¹⁰ *Ibíd.*, pág. 13.

del jacobinismo, y que debe incorporar el príncipe moderno, es el que refiere “a un partido determinado de la Revolución Francesa que concebía de determinada manera el desarrollo de la vida gala, con un programa determinado, apoyándose sobre determinadas fuerzas sociales y que llevó adelante una acción de partido y de gobierno con un método caracterizado por una extrema energía, decisión y resolución”¹¹.

Estos temas mencionados del príncipe moderno como libro viviente son también parte inherente al partido revolucionario, ya que es libro viviente en tanto procura la transformación social, en tanto estudia las circunstancias históricas que lo rodean y busca generar, también en su apelación al mito, la instrucción acerca de las herramientas políticas y estrategias revolucionarias necesarias con el fin de construir un nuevo bloque histórico basado en las clases subalternas. Y en esto, el príncipe-partido deberá desempeñar un rol fundamental en la construcción hegemónica de una voluntad colectiva que logre articular los reclamos subalternos y gestar una fuerza social y política capaz de fundar un nuevo Estado.

3. El príncipe moderno y el Facundo como libros vivientes

A partir de la noción de “libro viviente” es posible pensar otras obras que se han planteado como guías de acción política a través del análisis social y la centralidad del mito. El “Facundo” de Domingo Faustino Sarmiento presenta al menos tres puntos fuertes, que son también inherentes al príncipe de Maquiavelo y al príncipe moderno en Gramsci, a través de los cuales definiremos la noción de libro viviente, y que permitirán ubicar al Facundo dentro de esta noción: la idea del libro como arma de lucha política, el mito como centro de la obra y la existencia de un fin político.

¹¹ Quintana, Eduardo Martín. “Aproximación a Gramsci”. Ediciones de la Universidad Católica Argentina. Pág. 103.

En una carta dirigida por Sarmiento a Valentín Alsina, incorporada a la segunda edición de 1851, el autor confirma el propósito militante de su obra que se convierte un arma contra el despotismo rosista, con el fin de que “deslizándose furtivamente, guardado en algún secreto escondite, para hacer alto en peregrinaciones, emprender largos viajes, y ejemplares por centenas llegar, ajados y despachurrados de puro leído, hasta Buenos Aires, a las oficinas del pobre tirano, a los campamentos del soldado y a la cabaña del gaucho, hasta hacerse él mismo, en las hablillas populares, un mito como su héroe”¹². El libro es parte de una batalla ideológica que busca develar y explicar el advenimiento de la tiranía de Rosas a partir de la evocación de la figura mítica de Facundo Quiroga. Sarmiento afirma que en Facundo se encuentran las claves explicativas de las convulsiones sociales transcurridas en la Argentina, Facundo representa “el modo de ser de un pueblo encarnado en un hombre”¹³ y buscará comprenderlo a partir de estudiar del peso de la geografía argentina y las tradiciones coloniales sobre las costumbres del pueblo y cómo se tejen a partir de esto las relaciones sociales que generarán al Facundo. Explicar a Facundo le posibilitará a Sarmiento explicar a Rosas “su heredero, su complemento: su alma [refiere a Facundo] ha pasado a este otro molde, más acabado, más perfecto; y lo que en él era sólo instinto, iniciación, tendencia, convirtiéndose en Rosas en sistema, efecto y fin”¹⁴. Luego indagará acerca del asesinato de Facundo Quiroga y acusará de éste a Rosas en un intento de erosionar y fragmentar la base de apoyo político del rosismo.

La matriz del pensamiento sarmientino en el Facundo partirá de la polarización, no ya de clases sociales como en Gramsci, sino de la disputa entre la civilización y la barbarie. Es desde el polo de la civilización que insta a no abandonar la lucha contra la tiranía, porque, según el autor, de esto depende ser o no ser salvaje y en este sentido afirma que no se renuncia por más que las brutales e ignorantes tradiciones coloniales hayan ganado en

¹² Sarmiento, Domingo Faustino. Carta a Valentín Alsina. “Facundo” Edición a confirmar. Pág. 18.

¹³ Sarmiento, Domigno F. “Facundo” Ediciones Clásicas. Pág. 7.

¹⁴ *Ibíd.*, pág 7.

determinada instancia a las masas inexpertas, confiando en que las convulsiones políticas traen también experiencia que permitirán abrir paso al triunfo del progreso sobre las viejas tradiciones. Así como, según Gramsci, el Príncipe de Maquiavelo es el líder ideal “que representa en forma plástica y “antropomórfica” el símbolo de la “voluntad colectiva””¹⁵, Sarmiento verá en el mítico caudillo la forma de ser del pueblo conformada a partir de las formas del suelo y las costumbres que lo engendran.

Sarmiento reconstruye el esquema civilización y barbarie en términos de espacios que se identifican con uno y con otro: la ciudad y la campaña, respectivamente. Ve en la extensión del territorio, en el desierto, el principal mal de la Argentina, que influirá en la vida de la campaña, caracterizada por el componente de inseguridad frente a las fieras salvajes y al indio, creando resignación frente a la muerte violenta. La vida en la campaña está determinada por el aislamiento y las privaciones que, según el autor, impiden los lujos de la vida civilizada y produce naturalmente pereza. Aquí no hay sociedad sino familia feudal cuya principal tarea es el pastoreo, que al estar basado en la procreación espontánea requiere escaso trabajo generando hábitos ociosos en los gauchos. La vida en el campo implicaría el desarrollo de las facultades físicas pero no las de la inteligencia, creando cierto resentimiento hacia los hombres cultos de la ciudad.

La primordial forma de asociación allí presente es la pulpería, “en esta asamblea sin objeto público, sin interés social, empiezan a echarse los rudimentos de las reputaciones que más tarde, y andando los años, van a aparecer en la escena política”¹⁶. En contraposición a este escenario aparece la ciudad, centro de la civilización, donde fluyen las artes, el comercio, la educación, las leyes y el gobierno, donde los hombres desarrollan buenos modales, usan trajes y disfrutan del lujo. Buenos Aires aparece como el ícono de la civilización: “Ella sola en la vasta extensión argentina, está en contacto

¹⁵ Gramsci, Antonio. Op. cit. Pág 9.

¹⁶ Sarmiento, Domingo F. Op cit. Pág. 51.

con las naciones europeas; ella sola explota las ventajas del comercio extranjero; ella sola tiene poder y rentas”¹⁷ a lo que se le suman sus ríos navegables, otro signo de civilización, que la ponen en contacto con las provincias interiores y los países vecinos.

Facundo es la encarnación de uno de estos polos, de estas dos sociedades distintas y extrañas entre sí. El Facundo-mito es la encarnación de la “voluntad colectiva” de un pueblo: la campaña; es la personificación de la campaña con su barbarie y su violencia, su destreza y su audacia. Mientras que en Maquiavelo y en Gramsci, el mito, el príncipe, aparece como la forma positiva, la herramienta política para la construcción de un nuevo Estado, una Italia unificada como nación en Maquiavelo, una sociedad socialista en Gramsci; en Sarmiento el mito, el Facundo, representa la faz negativa de un proceso en el que la campaña-barbarie somete a la ciudad-civilización, pero es a través de la comprensión del mito como forma de ser de uno de los dos pueblos en pugna que será posible comprender el proceso de guerra interna en Argentina y afrontar la tarea histórica encarada por el “libro viviente” sarmientino respecto del triunfo de la civilización sobre la barbarie, llevada a su extremo más sistemático en el gobierno de Rosas, y la constitución de un nuevo gobierno que vuelva a la Argentina a la senda del progreso.

La campaña emerge en la escena política durante la Revolución de Independencia. Sarmiento señala que durante una revolución se enfrentan dos intereses opuestos, el conservador y el revolucionario, cuando uno triunfa, es normal que este se subdivida en exaltados y moderados, y esta división permita al vencido recomponerse y triunfar. “Pero, cuando en una revolución, una de las fuerzas llamadas en su auxilio, se desprende inmediatamente, forma una tercera entidad, se muestra indiferentemente hostil a unos y otros combatientes (a realistas o patriotas), esta fuerza que se separa es heterogénea; la sociedad que la encierra no ha conocido, hasta entonces, su existencia, y la revolución sólo ha servido para que se muestre y

¹⁷ *Ibíd.*, pág. 20.

desenvuelva”¹⁸. Los partidos de las ciudades que llamaron a la campaña en su auxilio caerían frente a ella y con ellos la ciudad como polo civilizatorio. La revolución argentina tendría así un doble movimiento: la guerra de la ciudad contra los españoles, donde triunfa la ciudad, y la guerra de la campaña contra la ciudad, donde la campaña resulta vencedora y extiende su influencia barbarizadora, destruyendo la cultura y la forma de vida en general de la ciudad.

Luego, Sarmiento se avocará a la narración de la biografía de Facundo y a su construcción como mito. Desde la influencia del territorio vasto y desértico sobre su persona, como las experiencias que le valieran el apodo de “Tigre de los Llanos”, su enfrentamiento con la ley, el ascenso a comandante de campaña, su nombramiento como “Enviado de Dios”, y sus pasajes épicos en la guerra contra las ciudades en las que resultara victorioso en innumerables ocasiones. El avance en la guerra, marcado por el desdén respecto de la vida y los valores de la ciudad, lo encontrarán vencedor hasta expulsar al último bastión unitario fuera del país y mantener su dominio sobre ocho provincias. Allí comenzará a develar una guerra secreta entre Quiroga y Rosas. Las tentativas de Facundo Quiroga por reorganizar la república y el aumento del poder de Rosas se entrelazarán en un marco de intrigas y traiciones que culminarán con el asesinato de Facundo en Barranca-Yaco, en su retorno de poner fin a un conflicto entre provincias del norte. Su muerte también está cubierta de cierto halo mítico, ya que, sabiendo que su vida estaba amenazada, Facundo rechaza toda escolta ofrecida y desafía a la muerte, según Sarmiento “el orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevación, lo llevan, maniatado, a la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida”¹⁹. El asesinato de Quiroga implica también un desenlace político a la guerra civil argentina de la que él mismo había sido su núcleo, es en sí “un acto oficial, largamente discutido entre varios gobiernos, preparado

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 59.

¹⁹ *Ibíd.*, pág. 188.

con anticipación y llevado a cabo con tenacidad, como una medida de Estado”²⁰ cuyo principal responsable político es el mismo Rosas.

El tercer punto de contacto del *Facundo* con la noción de libro viviente se refiere al fin político que persigue: el derrocamiento del gobierno de Rosas y la constitución de un nuevo gobierno. Sarmiento reconoce que la conclusión de la guerra ha traído la unificación de Argentina en el sistema unitario que, paradójicamente construido bajo las banderas del federalismo, había consolidado Rosas bajo su persona; así, según el autor, el último obstáculo para devolverle la vida a las ciudades y embarcar a la Argentina en el camino del progreso, es la tiranía rosista.

Es necesario plantear que Sarmiento ve al gobierno de Rosas, “el gaucho propietario”, como la materialización concreta de la barbarie, es la expresión de las formas de vida en la campaña y la educación colonial : “Las fiestas de las parroquias son una imitación de la hierra del ganado, a que acuden todos los vecinos; la cinta colorada que clava a cada hombre, mujer o niño, es la marca con que el propietario reconoce su ganado; el degüello, a cuchillo, erigido en medio de ejecución pública, viene de la costumbre de degollar las reses que tiene todo hombre de campaña; la prisión sucesiva de centenares de ciudadanos, sin motivo conocido y por años enteros, es el rodeo con que se dociliza al ganado, encerrándolo diariamente en el corral; los azotes por las calles, la Mazorca, las matanzas ordenadas, son otros tantos medios de domar a la ciudad, dejarla al fin, como el ganado más manso y ordenado que se conoce”²¹.

El capítulo final del *Facundo* “Presente y porvenir” tiene un carácter similar al epílogo del *Príncipe* de Maquiavelo, ya que, como afirma Gramsci sobre este último, “no es extrínseco, “pegado” desde fuera, sino que, por el contrario, debe ser explicado como un elemento necesario de la obra o, mejor, como el elemento que ilumina toda la obra y que aparece como su “manifiesto

²⁰ *Ibíd.*, pág. 195.

²¹ *Ibíd.*, pág. 206.

político”²². En el epílogo de *El Príncipe*, Maquiavelo lanza una exhortación para librar a Italia de los bárbaros y pide a la casa Médicis, que acepte “este proyecto de restauración nacional con la audacia y la confianza que infunden las empresas legítimas, a fin de que la patria se reúna bajo vuestras banderas”²³. De igual manera Sarmiento culmina su *Facundo* exhortando a las potencias europeas, Francia e Inglaterra, a los países vecinos, advirtiéndoles que Rosas planea reconstruir el virreinato del Río de la Plata, y en especial al general Paz que conduce el ejército de la provincia de Corrientes, a terminar con la barbarie y derrocar a Rosas para instaurar un nuevo gobierno. También se encarga de señalar varios puntos del programa que deberá desarrollar el nuevo gobierno contraponiéndolos a las medidas adoptadas por Rosas. Entre estos puntos menciona: reestablecer el correo, fomentar la inmigración europea, fomentar la navegación fluvial, organizar la educación pública, extender la prensa, reestablecer las formas representativas y la Justicia, elevar la religión para moralizar al pueblo, respetar la diversidad y reestablecer los lazos con los países extranjeros.

4. El príncipe moderno como partido revolucionario

“En la época moderna el protagonista del nuevo príncipe no podría ser un héroe personal, sino un partido político, el determinado partido que en cada momento dado y en las diversas relaciones internas de las diferentes naciones intente crear (...) un nuevo tipo de Estado”²⁴. La tarea del partido revolucionario, como ya se ha mencionado, es la de crear y organizar una voluntad colectiva, de la cual el partido es la expresión más activa, y emprender una reforma intelectual y moral en esa misma dirección, que

²² Gramsci, Antonio. Op. Cit. Pág. 10.

²³ Maquiavelo. “*El Príncipe*”. Ediciones O&C. Pág. 118.

²⁴ Gramsci, Antonio. Op. Cit. Pág. 28.

dispute la influencia ideológica de la clase dominante y sirva de elemento cohesionante para emprender una ofensiva de masas contra el dominio y la hegemonía de la burguesía. Aquí podemos observar la revalorización de la subjetividad en Gramsci como un elemento central de la transformación revolucionaria que conlleva necesariamente la construcción de una nueva concepción del mundo en el camino de la constitución de un nuevo bloque histórico que permita avanzar hacia el socialismo. El partido debe cumplir un papel central en la dirección política de la voluntad colectiva, para lo que deberá ser también su conducción intelectual y moral.

Como señalábamos previamente, el príncipe moderno deberá constituirse en base a una doble tarea: la reforma intelectual y moral y construcción de una voluntad colectiva. Reforma intelectual y moral en base a una tarea de crítica del orden social y sus formas de dominación, de construcción de concepciones de mundo alternativas y de difusión de dichas concepciones. Voluntad colectiva vinculada a la articulación de ese pueblo disperso, de la movilización conjunta de las expresiones de la subalternidad, superando la dimensión económico-corporativa de los reclamos para alcanzar una dimensión política con el fin de fundar un nuevo Estado.

Gramsci parte de la concepción del partido político como expresión de un determinado grupo social, en este sentido “cada partido no es más que una nomenclatura de clase”²⁵. Gramsci admite que los partidos puedan aparecer divididos en fracciones y presentarse como “partidos” diferentes y que “con mucha frecuencia el Estado Mayor intelectual del partido orgánico no pertenece a ninguna de esas fracciones pero actúa como si fuese una fuerza dirigente totalmente independiente, superior a los partidos y a veces considerada así por el público”²⁶. Este sería, por ejemplo, el caso de los periódicos y la prensa informativa que, si bien pueden llamarse a sí mismos apolíticos, defienden y reproducen los intereses fundamentales y la concepción del mundo de la clase a la que son orgánicos. Incluso vale recalcar,

²⁵ *Ibíd.*, pág. 32.

²⁶ *Ibíd.*, pág. 29.

como lo hace Jean-Marc Piotte en “El pensamiento político de Antonio Gramsci”, que mientras las fracciones de partido, proclamadas como “partidos”, se encuentran muchas veces en situación de disputas polémicas ligadas al interés inmediato de su propia organización, por ejemplo en coyunturas electorales o respecto de factores secundarios (no los fundamentales que atañen a la dominación de la clase representada), los representantes del Estado Mayor intelectual de la clase que se ubican por fuera de estas organizaciones y desligados de los intereses particulares de estas, serán más sensibles a los intereses fundamentales de la clase y a la planificación política de largo plazo. En este sentido, la relación partido-clase no es una relación directa expresión de intereses como reflejo, sino una acción dinámica, compleja, relacionada a la construcción de hegemonía.

Más allá de estas divergencias en las formas, Gramsci afirma que “la verdad teórica según la cual cada clase tiene un solo partido, está demostrada en los cambios decisivos por el hecho de que los distintos agrupamientos, que se presentaban cada uno como partidos “independientes”, se reúnen y forman un bloque único”²⁷. También es de carácter instructivo recordar, con J. M. Piotte, que si bien la burguesía, que posee una posición dominante en el Estado y en los medios de producción económica y cultural, puede accederse a ser representada a través de una multiplicidad de organizaciones, el proletariado no puede permitirse estas divisiones, ya que comportaría un factor de debilitamiento.

Luego de una introducción general a la concepción gramsciana del partido, es necesario señalar la activa participación política de Gramsci y el instrumento político específico al que él aportó en busca de la configuración de ese príncipe moderno: el Partido Comunista, del cual Antonio Gramsci fue su Secretario General desde 1924, en que desplaza a Bordiga, hasta su encarcelamiento por el fascismo.

²⁷ *Ibíd.*, pág. 38.

Es por esto que Gramsci, como hombre de partido, profundiza en cuáles son los elementos fundamentales del partido revolucionario, siendo estos tres. Un primer elemento indefinido, constituido por aquellos que aportan participación, disciplina y fidelidad pero que no se caracterizan por altas cualidades en cuanto a la planificación y organización. La disciplina debe ser entendida aquí, no como un cumplimiento de órdenes no comprendidas, sino como la asimilación conciente del despliegue de la política partidaria. Gramsci reconoce que el partido no podría existir sin ellos, pero tampoco podría existir sólo con ellos, ya que necesitan de una fuerza que los cohesione y los dirija, estos son los “capitanes”. Según J. M. Piotte esto se vincula a la oposición de Gramsci a las teorías basadas en la espontaneidad de la masas, que generan movimientos esporádicos fácilmente reprimibles por la clase dirigente, ya que “las masas, comprendiendo en ellas su parte más consciente, no pueden llevar a cabo una acción permanente y continua si no se hallan encuadradas en una organización fuertemente estructurada”²⁸. El segundo elemento, los “capitanes”, que corresponde a los cuadros superiores del partido e incluyen a los grandes organizadores, teóricos y estrategas, es “el elemento de cohesión principal, centralizado en el campo nacional, que transforma en potente y eficiente a un conjunto de fuerzas”²⁹ y está dotado de capacidad de inventiva y conducción política. Gramsci considera que, si bien el partido no podría funcionar sólo con este elemento, es sin embargo el primordial ya que “un ejército existente sería destruido si le llegasen a faltar los capitanes, mientras que la existencia de un grupo de capitanes, acordes entre sí, con fines comunes, no tarda en formar un ejército aún donde no existe”³⁰. El tercer elemento es el medio, es decir, los cuadros intermedios, que son articuladores de los otros dos elementos y los ponen en contacto físico, moral e intelectual, en el sentido de que son el carril orgánico que los comunica con la dirección y también desempeña un valioso

²⁸ Piotte, Jean-Marc. “El pensamiento político de Antonio Gramsci”. Cuadernos de Cultura Revolucionaria. Pág. 50.

²⁹ Gramsci, Antonio. Op. Cit. Pág. 33

³⁰ *Ibíd.*, pág. 33.

papel en la formación de los militantes de base. Este elemento es también de gran importancia, ya que, en caso de ser eliminados los “capitanes”, éste constituirá el fermento de donde surgirán nuevos cuadros superiores. Gramsci aclara que estos tres elementos no son estancos, en este sentido es fundamental la tarea que desarrollen el segundo y tercer elemento en la instrucción política del primer elemento; el partido cumple una función de creación constante de elementos dirigentes que multiplican su acción política, desarrollando al máximo las capacidades, en tanto aportan al desarrollo del rol del partido como movilizador de la voluntad colectiva y reformador moral e intelectual.

El principio que hace a la organización estructural y a la vida del partido es el centralismo democrático. “El carácter “orgánico” sólo puede pertenecer al centralismo democrático, que es un centralismo en movimiento, vale decir, una continua adecuación de la organización al movimiento real, una capacidad de equilibrar el impulso de la base con las directivas de la superioridad, una inserción continua de los elementos que surgen de lo profundo de la masa en el sólido marco del aparato de dirección, el cual asegura la continuidad y la acumulación regular de las experiencias”³¹.

Gramsci considera que esta dinámica de ida y vuelta entre los tres elementos constitutivos del partido tiene un valor preponderante para evitar que el centralismo democrático degenera en un centralismo burocrático, donde se estancaría este movimiento y el grupo dirigente buscaría perpetuarse en forma indefinida para asegurar sus privilegios, convirtiendo al partido en un fin en sí mismo y no ya en una herramienta para la transformación social. El centralismo democrático consiste en el funcionamiento fluido entre los distintos elementos del partido generando, en términos de J. M. Piote, una “corriente de ósmosis” donde los cuadros superiores provienen de los intermedios, mientras que estos provienen del primer elemento; a su vez los “capitanes” organizan a los cuadros

³¹ *Ibíd.*, pág. 92.

intermedios, y estos a los miembros del primer elemento, garantizando, por un lado, la democracia interna del partido y por el otro su carácter orgánico, centralizado y disciplinado.

Es importante recordar que la base organizativa propuesta para el partido, formulada por Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti en las Tesis de Lyon presentadas en 1926 para el III Congreso del Partido Comunista Italiano, con el objetivo de avanzar hacia la “bolchevización” del partido, es la organización por células a partir del lugar de trabajo. Al respecto, señala que “la organización por célula implica que en el partido se forme un estrato bastante amplio de elementos dirigentes (...) que son parte de la masa y permanecen en ella aunque desempeñen funciones directivas”³². La célula sería la forma organizativa por excelencia para la vinculación constante del partido con la masa.

Maurice Duverger en “Los Partidos Políticos”, distingue dos rasgos fundamentales en la célula: la base de agrupación y el número de miembros. La célula descansa principalmente en una base profesional, según el lugar de trabajo, pero también se contemplan células locales para reunir a los militantes dispersos. Con respecto al número, Duverger señala que la célula debe partir al menos de tres miembros y alcanza su número óptimo entre quince y veinte. También remarca las cualidades que hacen de la célula una forma organizativa superadora a las anteriores: “Se trata, en primer lugar, de un grupo absolutamente permanente, puesto que está formado, donde se encuentran cotidianamente los miembros del partido. Fuera de las reuniones propiamente dichas, el contacto entre sus miembros es constante. A la entrada o salida del trabajo, el secretario puede fácilmente difundir consignas, repartir tareas, controlar la actividad de cada cual. Acción tanto más fuerte cuanto el número medio de miembros es poco elevado (...). Resulta también que los miembros de la célula se conocen bien, y que la solidaridad hacia el partido se

³² Gramsci, Antonio y Togliatti, Palmiro. “Las Tesis de Lyon”. Ediciones Alborada. Pág. 28.

hace más fuerte.”³³. Duverger entiende que estos factores también son de especial utilidad en tiempos de clandestinidad.

En lo que hace a la estrategia revolucionaria, que será parte constitutiva de la línea política del partido, Gramsci analiza dos tipos de sociedades, disímiles en cuanto al grado de desarrollo de la sociedad civil y el peso del Estado, a las que corresponderán dos estrategias revolucionarias diferentes. Denominará Oriente y Occidente a los dos tipos de sociedades: “En Oriente el Estado era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre Estado y sociedad civil existía una justa relación y bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado sólo era una trinchera avanzada, detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas”³⁴. Encontramos entonces en Oriente un Estado preponderante y un escaso desarrollo de la sociedad civil, mientras que en Occidente la sociedad civil se ha complejizado y ha desarrollado diversas instancias que resguardan al orden establecido.

A partir de esta caracterización, Gramsci pensará las distintas estrategias revolucionarias a llevar adelante según el tipo de sociedad para lo que utilizará una comparación entre la guerra militar, a partir de las experiencias dejadas por la Primer Guerra Mundial, y la lucha política. La estrategia a desarrollar en Oriente es la del ataque frontal, la “guerra de maniobras o de movimientos”, como resume J. M. Piotte: “En la guerra de movimientos, la artillería se utiliza para abrir una brecha en las defensas del enemigo, brecha que sea suficiente para hacer posible la irrupción de las tropas y conseguir un éxito estratégico importante, si no definitivo”³⁵. Es decir, que en las sociedades con escaso desarrollo de la sociedad civil la lucha revolucionaria puede triunfar a partir del ataque frontal de clase contra clase teniendo en cuenta que la destrucción del aparato estatal y las fuerzas militares del enemigo garantizarían de modo casi concluyente el triunfo del

³³ Duverger, Maurice. “Los Partidos Políticos”. Fondo de Cultura Económica. Pág. 56.

³⁴ Gramsci, Antonio. Op. cit. Pág. 83.

³⁵ Piotte, J.M. Op. cit. Pág. 91.

proletariado; esta sería la estrategia practicada victoriosamente en la Revolución Rusa.

Sin embargo esta estrategia es inadecuada en Occidente donde el Estado puede considerarse la trinchera más avanzada, pero la sociedad civil posee capacidad de reconstrucción del sistema hegemónico. En este caso la estrategia a aplicar es la “guerra de posiciones”, que es la lucha por la hegemonía previa a la conquista del Estado, requiere de esfuerzos prolongados y de gran cantidad de recursos humanos y materiales, porque, en términos militares, la guerra de posiciones incluye tanto las trincheras, como el sistema organizativo e industrial y las fuentes de reabastecimiento. Esto debe ser traducido a la política, ya que en “los Estados más avanzados, donde la “sociedad civil” se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las “irrupciones” catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.); las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna. Así como en este ocurría que un encarnizado ataque de la artillería parecía destruir todo el sistema defensivo adversario, cuando en realidad sólo había destruido la superficie exterior y en el momento del ataque y del avance los asaltantes se encontraban frente a una línea defensiva todavía eficiente, lo mismo ocurre en la política durante las grandes crisis económicas”³⁶.

Esta reflexión de Gramsci contiene una fuerte crítica al economicismo, presente por ejemplo, en el trabajo de Rosa Luxemburgo “Huelga de masas, partido y sindicato”, donde la superestructura política e ideológica aparece como mero reflejo de la estructura económica, en ese sentido se plantea que la crisis económica abre la posibilidad de asalto al poder a través de la estrategia que Gramsci denomina guerra de maniobras. Es necesario aclarar también que Gramsci no niega la importancia de la guerra de maniobras para Occidente, pero esta se convierte en un elemento parcial y táctico que depende de la estrategia de la guerra de posiciones; como señala Daniel

³⁶ Gramsci, Antonio. Op. cit. Pág. 81.

Campione, Gramsci critica aquí “uno de los errores ultraizquierdistas más clásicos: El querer destruir una construcción social hegemónica por medio de la pura fuerza militar, ignorando la importancia de la lucha cultural”³⁷.

Como ya dijimos, en contraposición de la estrategia del ataque frontal como estrategia revolucionaria a ser desarrollada en Oriente, Gramsci entiende necesario el despliegue, en las sociedades de tipo occidental, de la estrategia de la guerra de posiciones, que como señala Christine Buci-Glucksmann, “responde a una nueva fase histórica que exige una estrategia de largo aliento, un asedio permanente al adversario, una concentración inaudita de hegemonía que es, también, una nueva forma de hacer política”³⁸. La guerra de posiciones es la lucha por la hegemonía.

La hegemonía se relaciona con el carácter dual de la acción política que Gramsci ve en Maquiavelo correspondiente “a la doble naturaleza del Centauro maquiavélico, de la bestia y del hombre, de la fuerza y del consenso, de la autoridad y de la hegemonía”³⁹. Podemos entender la hegemonía, según afirma Daniel Campione, como “el predominio intelectual y moral, diferente del “dominio” en el que se encarna el momento de la coerción, pero esa “dirección” tiene raíces en la base, componentes materiales junto a los “espirituales”.

Es una acción con elementos tanto “materiales” como “ideales”: No hay hegemonía sin base estructural, la clase hegemónica debe ser una clase principal de la estructura de la sociedad, que pueda aparecer como la clase progresiva, que realiza los intereses de toda la sociedad”⁴⁰. Así la clase dominante supera sus intereses meramente corporativos, los articula con ciertas concesiones a las clases subalternas para devenir en clase dirigente, en clase hegemónica. Aquí puede vislumbrarse un rol fundamental que deberá afrontar el príncipe moderno, el partido revolucionario, construyendo la

³⁷ Campione, Daniel. “Antonio Gramsci. Breves apuntes sobre su Vida y Pensamiento”. Pág. 35.

³⁸ Buci-Glucksmann, Christine. “Gramsci y el Estado”. Siglo Veintiuno Editores. Pág. 310.

³⁹ Gramsci, Antonio. Op. cit. Pág. 48.

⁴⁰ Campione, Daniel. Op. cit. Pág. 31.

hegemonía del proletariado, que implica constituirse en dirección política, a través de la organización de la voluntad colectiva, y en la dirección cultural, a través de la reforma intelectual y moral. Esta con construcción de la voluntad colectiva se vincula a su capacidad de articulación y movilización de los grupos sociales subalternos, en un proceso de “universalización” en tanto los intereses y reclamos de esta fuerza social y política aparecen como portadores del bien común, como aquellos capaces de dar desarrollo a “todas” las energías nacionales.

5. Bibliografía

- Buci-Glucksmann, Christine. “Gramsci y el Estado”. Siglo Veintiuno Editores.
- Campione, Daniel. “Antonio Gramsci. Breves apuntes sobre su Vida y Pensamiento”.
- Duverger, Maurice. “Los Partidos Políticos”. Fondo de Cultura Económica.
- Gramsci, Antonio y Togliatti, Palmiro. “Las Tesis de Lyon”. Ediciones Alborada.
- Gramsci, Antonio. “Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno”. Nueva Visión.
- Maquiavelo. “El Príncipe”. Ediciones O&C.
- Piotte, Jean-Marc. “El pensamiento político de Antonio Gramsci”. Cuadernos de Cultura Revolucionaria.
- Portantiero, Juan Carlos. “Gramsci, lector de Maquiavelo”.
- Quintana, Eduardo Martín. “Aproximación a Gramsci”. Ediciones de la Universidad Católica Argentina.
- Sarmiento, Domigno F. “Facundo” Ediciones Clásicas.

- Sarmiento, Domingo Faustino. Carta a Valentín Alsina en “Facundo”
Edición a confirmar.